

propios de la razon humana y las mil fallas que tienen por todas partes el talento y el ingenio, os veréis precisados á decir que el Espíritu de Dios alabraba á Teresa, que su inspiracion celestial inundaba su espíritu, y que el dedo divino conducia siempre su pluma. Reconoceréis entónces el por qué de esa gloria cuyo esplendor ha ilustrado la carrera de tres siglos, de ese nombre que, léjos de haber perecido con la muerte de Teresa, ha quedado en pié para llenar de honor á la Iglesia española, ha recorrido el mundo recogiendo en su tránsito mil y mil honores, recibiendo por todas partes los homenajes que decretan á los talentos clásicos y á los escritores ilustres las academias mas célebres y las universidades mas sábias de Europa: sorprenderéis entónces el secreto de ese acuerdo universal y constante que han tenido los teólogos mas esclarecidos y los doctores mas famosos en la ciencia del espíritu para fijar en los Libros de Teresa de Jesus un lugar de cita en que vienen á recibir su solucion las mas difíciles y reñidas cuestiones de la ciencia: será entónces, por último, el instante feliz en que aprendáis á apreciar en su valor infinito esa escuela de la mas alta sabiduría que abre Jesucristo al espíritu en el secreto de la oracion, esos adelantos incomparables de la inteligencia en el conocimiento de la verdad, esas luces purísimas que bajan del cielo á inundar el alma toda, haciéndole ver y admirar lo que apenas columbra, despues de mil esfuerzos é investigaciones, el ojo apagado de la humana ciencia. Pero no es esto bastante, católicos: para conocer los efectos de la oracion, no basta reconocer en ella una fuente de sabiduría que confunde á los sábios; es necesario admirar el poder sublime de que reviste al alma, y la irresistible fuerza que le comunica para acometer y llevar á cabo las mas árduas empresas. Esto admiramos en la historia de Teresa de Jesus: por que, si en sus escritos muestra los caractéres de una ciencia divina; en sus grandes hechos desarrolla un poder que somete irresistiblemente á su pensamiento hasta los mismos obstáculos, para realizar los planes mas vastos en pro de la virtud y la felicidad.

## SEGUNDA PARTE.

Hai en la piedad, lo mismo que en la inteligencia, católicos, un estímulo secreto y poderoso que agita incesantemente á ciertas almas, excitándolas con tan inexplicable fuerza á mejorar la condicion de lo existente, que la santidad, lo mismo que la ciencia, tiene tambien sus genios. Teresa de Jesus, no pudiendo limitar su vasto pensamiento á ese recinto consagrado á la soledad y á la virtud, en que reside, se incorpora de lleno con su espíritu en esa institucion venerable, que traia sus títulos á la piedad universal, con la memoria de las mas insignes virtudes y los mas heróicos ejemplos, desde una antigüedad mui remota.

Rápidamente recorre sus principales épocas; traspórtase á la vista de aquellos bellos dias de su nacimiento, en que el esmero de la caridad parecia excederse así mismo en la exactitud con que conservaba inalterable la primitiva regla. Un arroamiento profundo se apoderaba de su alma cuando contempla las austeridades antiguas, aquel culto primitivo de la penitencia, aquella serveridad inflexible contra la mas leve tregua que tendiese á mitigar el rigor de la disciplina, aquel recogimiento profundo del espíritu que parecia encadenar hasta el aliento dentro del recinto del claustro; en fin, aquella santa desazon y desabrimiento que experimentaba la piedad religiosa hasta con respirar el aire del siglo; y no sé cómo explicar lo que ella sentia, recordando por una parte aquella robustez antigua de virtud, aquella perseverante marcha de perfeccion y aquella imponente galeria de nombres venerables que enriquecian la historia de esa familia que bajó del Carmelo á esparcir el buen olor de Jesucristo por toda la extension de la tierra; y considerando por otra su decadencia. Cómo de un éxtasis vuelve Teresa de los recuerdos de lo pasado al teatro de lo presente; y aunque no le faltan motivos para bendecir en sus hermanas y alabar en los religiosos al Autor de la santidad, y reconocer que los claustros á cuyo nombre pertenecia ella, no habian dejado de ser un objeto de tierna solicitud y maternal predileccion para la Reina de las vírgenes, se aflige sin embargo, y siente una mortal congoja en su corazon, viendo que la humana fragilidad se habia permitido ya mitigaciones; que la regla primitiva estaba notablemente suavizada; que el retraimiento de todo lo exterior y sensible no era ya tan absoluto, y que la religion que habia abrazado, tocaba en el declive, inocente al parecer, pe-

ro fatal, de una lastimosa decadencia. Incensolable con estas tristes reflexiones, hubiera tal vez cedido enteramente á su dolor, si un secreto presentimiento no le hubiese mostrado al mismo tiempo, que en los decretos del Señor iba á sonar la hora feliz de universal restauracion, y que habria de ser ella el instrumento elegido por la Providencia para la importante reforma de su Orden. Este pensamiento santo la tranquiliza, la consuela y llena de alegría; mas para ponerle por obra se encuentra rodeada de nuevas agitaciones, de nuevas inquietudes, de inexplicables penas, cuantas debia traer consigo, la difícil mision de restituir á su antiguo estado, mediante una sábia reforma, la siempre ilustre religion del Carmelo. Mas ¿cuándo han reconocido las almas fuertes obstáculos insuperables para sus heroicas empresas? Teresa pertenece á este número: se resuelve pues, y se resuelve con esperanza: nada la detiene; la caridad no calcula: nada la retrae; la caridad no teme: nada la embaraza; la caridad no retrocede. Sabe que Dios quiere esta reforma, y que Dios la ha escogido á ella por instrumento, y no necesita de otra cosa para acometerla, y acometerla con esa seguridad que solo la mas íntima confianza que el alma debe al trato íntimo con su Dios, es capaz de producir en el corazon.

Medid, católicos, si os he dado, el tamaño de esta empresa: calculad, si os es posible, el peso y número de sus dificultades: recordad que se trata, no ya de sacar como de la nada los elementos de una nueva fundacion, que esto solo bastaria para retraer de su empeño al espíritu mas esforzado, sino lo que es infinitamente mas árduo, de someter el entendimiento de los sabios, de cambiar en medio de su inercia unos hábitos que cuentan siglos, de intervenir las pasiones y pronunciar el *hasta aquí* de una mitigacion legítimamente disfrutada, para volver á someter la débil naturaleza bajo el yugo de antiguas austeridades: se trata, en fin, de reformar lo existente. ¿Qué empresa, católicos! ¿qué perspectiva tan desconsoladora! ¿qué campo tan erizado de espinas! Árduo y difícil empeño seria la fundacion de una Orden enteramente nueva: ¿qué dirémos, pues, cuando se trata de lo que es incomparablemente mas difícil, de reformar una Orden antigua? El empeño de Teresa no se dirige á sembrar, á regar y á dar el incremento á jóvenes plantas, tiernas todavía: su taréa es mas penosa, quiere reunir y enderezar los duros y tortuosos brazos de los viejos árboles; y para esto habrá menester de entrar en lucha con las contradicciones de los superiores de su orden, el desagrado de sus propios directores, la desaprobacion mas altamente pronunciada de los obispos y de los magistrados de todas las ciudades. Vedla sin embargo, hermanos míos, firme, inaltera-

ble, perseverante. ¿Quién es esta criatura tan esforzada, tan asida de su pensamiento, que nada es capaz de desalentarla? “Es, responde el Arzobispo de Cambrai, valiéndose de las mismas expresiones de ella, una pobre carmelita cargada de patentes y llena de buenos deseos.” Sin apoyo, sin casa, sin dinero, pasa por donde quiera como una insensata. Tal debe aparecer, en efecto, á los ojos de los prudentes del siglo: su inspiracion es la única que pudiera justificarla. Pero el mundo, hermanos míos, bien lo sabéis, no es capaz de admitir ni aun de reconocer este espíritu celestial de que se siente animada Teresa, este espíritu que la impele primero á establecer la grande obra, y despues á servirse de esta misma para crucificarse con Jesucristo.

Mas no lo he dicho todo: yo tengo necesidad aún de tocar una circunstancia tan fecunda para la gloria de Teresa como importante para nuestra enseñanza y edificacion. Resolverse á todo sin contar con nada de lo que puede llamarse humano, es ya una virtud y una virtud heroica: porque una resolucion de esta clase supone, bien lo sabéis, una fe de la mas alta gerarquía, una fe como aquella que basta al hombre para mover á su arbitrio las montañas, cambiar el caudaloso curso de los rios, y gobernar, digámoslo así, á la naturaleza: pero esta fe, así como tiene sus momentos felices, así tambien suele pasar sus duras pruebas. Jamas podrá presentarse ningun espíritu, por inaccesible que haya sido su elevacion en la carrera de las virtudes, que no se vea precisado á sostener casi de continuo la mas heroica lucha con la naturaleza humana. Hai momentos en que, sin faltar la caridad ni vacilar la fe y la esperanza, dejan ellas de hacerse sentir cual si hubiesen huido para siempre; momentos de oscuridad penosa interrumpidos apenas por ligeros relámpagos: momentos de gran desolacion, en que no parece sino que el espíritu ya no cuenta con su Dios, y en que se halla al mismo tiempo abandonado de los hombres: épocas, hermanos míos, de suspiros, de llanto y de penas para el alma, pero de sublimes holocaustos y esclarecidas purificaciones. Dios imprime á ésta su primer movimiento, el que le basta para hacer prodigios, imitando en cierto modo la accion de la omnipotencia sobre la tierra; mas apenas ha trascurrido algun tiempo cuando ya no se apercibe de la presencia del Señor, quien, sin dejar de sostenerla y apoyarla, parece que se retira del todo abandonándola á sus propias fuerzas: admirable conducta de la gracia en la grande obra de la perfeccion y del merecimiento! Dejarlo todo á Dios apoyándose en la infalibilidad de sus promesas seria contrariar sus planes, que cuentan de ordinario con la cooperacion de la naturaleza: contar solo con éstos seria un orgullo del todo imperdonable.

No faltarán pues á Teresa estos últimos títulos del heroísmo cristiano: á los bellos trasportes de una inspiracion sostenida para entrar en el mas grave de todos los empeños, sucederán bien pronto esas tentaciones terribles de la desazon y el decaimiento, que enervando en la apariencia los grandes resortes de la esperanza, tienden á enagenar el espíritu de ese entusiasmo divino, padre de las concepciones sublimes y de las empresas heróicas. ¡Oh, Teresa, víctima préviamente inmolada en el altar de la tribulacion! un paso más, y se eclipsará á tus ojos el bello día, este día que te habia franqueado con su esplendor todo el porvenir, dibujándote allá en el fondo de un horizonte retirado el grandioso monumento de tu caridad y de tu genio, encubriéndote al paso el camino que habias de recorrer, para no dejar en el fondo de tu corazon sino aquel puro sentimiento que parecia hacer salir de tus labios repentinamente el himno de la gratitud!

Nada exajero, católicos, en este punto: consumado apénas el compromiso de Teresa para con Dios, y hecho notorio á los hombres, se siente repentinamente, al parecer, abandonada á sí misma. Reconcéntrase de nuevo su meditacion, pasea, como lo tiene de costumbre, sus inquietas miradas por las regiones inaccesibles de su espíritu: traspone allí con la celeridad de su pensamiento los bosques y los collados, como la Esposa de los Cantáres, en busca de Aquel que la conforta. Anhela, solicita, ruega, insta, clama, llora; su alarma se anuncia de mil maneras. Pero todo es en vano, hermanos míos: despues de haber recibido una inspiracion, que solo subsiste en la clase de un recuerdo, tiene que procurar, digámoslo así, la conservacion, la fuerza y el poder de su esperanza con el sudor de su rostro. Entre tanto el sentimiento de la necesidad crece, el compromiso estrecha, la piedad urge, el tiempo se adelanta; es necesario obrar aun cuando sea contra la esperanza misma. ¿Vacilará Teresa? No, católicos: las desolaciones del espíritu, desarrollando todo su influjo sobre la tribulacion, nada pueden contra las sólidas virtudes; y esta esperanza del bien, en medio de las tinieblas que nos purifican, es por ventura la piedra de toque con que se prueban las cualidades legítimas de un espíritu bien gobernado. La vírgen Teresa sabe mui bien que Dios no exige sino la consagracion absoluta de nuestras fuerzas á sus designios en el cortísimo espacio de lo presente; que á los ojos de Su Magestad tienen un valor idéntico un mundo y una gota de agua, pues no atiende á la importancia de la obra, sino al movimiento del espíritu; y no necesita de otra cosa para emprender y seguir, hasta darle feliz consumacion, esa reforma estupenda que le ha grangeado, aun á los ojos del siglo, la mas alta celebridad.

Pero, ¿cuál es, me preguntaréis acaso, la historia secreta de esta accion que siempre camina y nunca descansa, de este poder que obra tantos y tales portentos como se manifiestan en la pronta ejecucion y rápidos progresos de tan gran pensamiento? Ya os lo he dicho, hermanos míos: todo el sereto está en la oracion. Pero aun debo advertiros una cosa que nunca he podido considerar atentamente sin el mayor asombro. ¿Véis todo lo que importa, en el carácter del poder, en la historia de sus mas grandes obras, la reforma de una Orden tan antigua? Pues no os diré que es el resultado plausible de muchos elementos fecundos felizmente combinados, sino la ejecucion de un plan ensayado en la vida espiritual de Teresa.

¡Cosa admirable! esta sola vida, la historia de esta sola individualidad reconcentra toda una institucion, abraza por analogía épocas que cuentan siglos: el origen, desarrollo, marcha y vicisitudes diversas de aquel instituto religioso parecen recogerse como por encanto en el espíritu de Teresa. Sin salir de sí misma, encuentra la base de todas las instituciones bien formadas, en la vocacion del cielo; los medios que conciertan la accion de la naturaleza y de la gracia, en la correspondencia fiel á esta vocacion; las mas dulces primicias, en el reciente fervor del estado; las causas primitivas de la decadencia monacal, en las influencias de un mundo que nunca deja de obrar para combatir á la virtud; el contagio de la pereza, en la disipacion que apaga el espíritu; los golpes de la gracia dados al corazon para despertarle de su letargo, en las preciosas lágrimas con que el arrepentimiento responde á estos nuevos toques de la misericordia; el recobro de las fuerzas ya debilitadas, en la continuacion feliz de una carrera bien sostenida; los nuevos asaltos de los enemigos, en las terribles desolaciones del alma; y por último, las ventajas graduales y el triunfo decisivo, en la continua perseverancia. Hé aquí, católicos, cómo el alma de Teresa de Jesus le representa el cuadro completo del origen y vicisitudes de su Orden, al paso que le brinda con la luz de una ciencia práctica y los medios eficaces para su pronta reforma. Sin salir pues, de sí misma, todo lo encuentra, todo lo conoce: sabe mui bien que, con solo corresponder á Dios, todo puede alcanzarlo, que la gracia divina, cuando encuentra una voluntad pronta y una cooperacion eficaz, obra los mayores portentos, como de sí mismo lo predicaba el apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto. <sup>1</sup> Ved si no, hermanos míos, las relaciones que hai

<sup>1</sup> Por la gracia de Dios soi lo que soi, y su gracia no ha sido estéril en mí, ántes he trabajado mas copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia eius in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi: non ego autem, sed gratia Dei mecum.*—I Cor. c. XV, v. 10.

entre la marcha del espíritu de esta vírgen y sus diversas vicisitudes, hasta llegar á la mas grande perfeccion, y la historia de su Instituto hasta su admirable reforma.

Ya os manifesté las felices inclinaciones de esta vírgen, las pruebas de su vocacion puestas de bulto hasta en los juegos de su infancia, los tempranos frutos de su piedad, aquel atrevido arranque de su espíritu que todos admiraron en ella desde su niñez. Tambien os he pintado las causas, el carácter y las trascendencias de aquel primer extravío, causado por ciertas lecturas profanas, impulsado por el trato con personas indiscretas y desarrollado por inclinaciones mal reprimidas, así como tambien aquellos caminos providenciales, y podríamos decir milagrosos, por donde la gracia la fué sacando insensiblemente hasta reponerla en su antiguo fervor, hacerla romper enteramente con el mundo, y entrar de religiosa en un convento de carmelitas. Como la paloma que huye medrosa, y al descansar en su soledad, respira holgadamente, viéndose á cubierto de todos los peligros, Teresa experimentó un placer inefable desde que se halló en aquel recinto que la sacaba para siempre de esos asilos en que la virtud, batida por todos los vientos del siglo, está corriendo sin cesar todos los riesgos. Allí comienza sin obstáculo, protegida singularmente por la gracia, su carrera religiosa; allí le entrega espontáneamente su corazón al Esposo que ha elegido; allí da de mano hasta á los recuerdos importunos del mundo; allí se entrega con una suavidad inexplicable al ejercicio de la oracion, cultiva con esmero y estrecha cada dia mas su intimidad con Jesucristo, y el buen olor de sus virtudes trasciende por todo aquel huerto de santidad. ¿Y no es esta, hermanos míos, una imágen hermosísima y fiel de la religion del Carmelo en su siglo de oro? ¿un trasunto de aquel fervor que, no pudiendo contenerse dentro de los claustros, pasaba incesantemente á santificar familias enteras aun en el siglo? ¿No véis figurados aquí tambien aquellos encantos que parecian cubrir las mas terribles austeridades con bellas y delicadas flores? Pues esperad un tanto: esa historia de siglos empieza á cambiar sus páginas, y estas páginas aparecen igualmente representadas en la vida interior de nuestra vírgen, como no ha mucho lo indique, reservándome para ahora el explicarlo.

Sin abandonar ella sus acostumbrados ejercicios de piedad, pero dominada por cierta clase de sentimientos los mas inocentes al parecer, como la gratitud, la benevolencia y dulzura, empezó á tratar con mas frecuencia que la que pidiera la necesidad, á las personas del siglo, y á gustar de la satisfaccion que ella misma producía en los demas con los encantos de su trato. El demonio, que no habia querido renunciar á la esperanza de rendirla, ponía en su alma un

sentimiento de que acaso ella misma no se apercibia, y el cual ha sido, no lo dudéis, el origen primitivo de todas las decadencias monásticas. ¿Qué sentimiento es éste? que no hai la incompatibilidad que parece, entre el trato con Dios y las criaturas; que muy bien pueden llenarse las condiciones de la piedad sin rehusar al prójimo, y aun á sí mismo, los inocentes recreos de una conversacion honesta. Y para trabajar con mayor provecho en este sentido, el tentador hacia que, durante algun tiempo, no faltasen á Teresa los afectos devotos al paso que se franqueaba con las personas del siglo. Mas á poco la mina hizo su explosion; y esta vírgen, que habia practicado virtudes tan heroicas, hecho penitencias tan austeras, santificándose en una larga y terrible enfermedad, que la punzaba con dolores insufribles y al mismo tiempo la tenia casi totalmente paralizada; esta vírgen, despues de haber hecho una nueva y dulcísima experiencia del amor y ternura de su Dios, por haber sanado perfectamente, mediante la intercesion del Castísimo Esposo de María, empezó á resfriarse poco á poco, y á disminuir su solicitud en la oracion, hasta el extremo de abandonarla casi del todo, con el falso pretexto de ser muy indigna de ponerse en la presencia del Señor.

¿Quién no ve aquí, católicos, un retrato fiel de la historia de la decadencia del Carmelo? ¿quién no ve aquí el origen, la causa, los progresos y efectos de las mas deplorables relajaciones? ¿No veis cómo todas han comenzado por pequeños descuidos, mediado por ciertas condescendencias, crecido por el trato del mundo, y acabado por la ruina del espíritu consiguiente al abandono de la oracion? Mas Dios nuestro Señor, que habia escogido la vida de esta vírgen para hacer el ensayo de la gran reforma cuya ejecucion dispuso confiarle á ella misma, deparó los medios para sacarla de un estado tan peligroso, que si no era todavía mortal, porque habia tenido especial cuidado en salvarla de toda culpa grave durante aquel periodo de tibieza, la orillaba indudablemente á la última ruina, y no hubiera tardado en perderla para siempre.

Este Jesus, este Esposo casi abandonado, á quien ella no suponía tan sentido, y de quien huía seducida por una falsa humildad, se interpone entre su espíritu y las personas que la visitaban, le muestra primero su semblante airado, y despues los suplicios crueles que sufrió atado á la columna: ¡medio feliz, que produjo una revolucion inmensa en toda ella, que cambió su pensamiento y su corazón, que disipó todas sus dudas, y que formó en su mente un *fiat* irrevocable de no repartir ya su corazón entre Dios y las criaturas! Todo parece comenzar de nuevo desde que Teresa concibe una resolucion tan generosa; y de hecho ya desde entónces no volvió á apartarse

ni un instante siquiera de su amado Esposo. Sufrirá nuevos y mas terribles ataques de sus enemigos, tendrá que sostener por cuatro lustros una empeñada guerra contra el que inspira mas temor y causa mayores alarmas en las personas espirituales, y es la desolacion interior: la sequedad, tinieblas, pesadez, desazon, desconuelo, disgusto, tedio, violencia, &c. &c.; todo esto la perseguirá donde quiera; cuando asista á los santos misterios, cuando escuche la palabra evangélica, cuando estudie ó medite las eternas verdades; en todos los ejercicios de su Orden, en todas las situaciones de su espíritu: veráse como retraida, desasida; sentiráse desamparada; vendrán á sobrecogerla todos los temores. Pero no os alarméis, católicos: ved aquí la guerra, la lucha, la frecuencia de los combates, la penosa fatiga de la campaña, la tribulacion de la prueba; mas nunca la contraseña de la derrota, no; sino al contrario, el crisol en que se purifica su espíritu, el campo de la lid en que se ostenta su heroismo, la señal infalible de que pronto recibirá sobre sus sienes la corona del triunfo.

Hé aquí, hermanos míos, terminado el diseño del augusto edificio que Teresa de Jesus va pronto á levantar: hé aquí, en las mismas luchas y penosas dificultades de su espíritu, la imagen de los obstáculos que se opondrán á su celo y á su genio con demasiada frecuencia. Mas reconoced asimismo en el éxito glorioso de una guerra tan bien sostenida la profecía de los resultados de su accion al acometer la empresa de la reforma de su Orden, y de las muchas fundaciones que deberian quedar á la posteridad como los monumentos vivos y los preciosos legados de su sabiduría y de su virtud. Todo se dirige á este gran pensamiento, y muchas veces fuera de su prevision. Dios la gobierna en su espíritu para formar el de sus innumerables hijos, haciendo que nada piense, nada escriba, nada ejecute que no contribuya eficazmente á realizar el plan grandiosísimo de la reforma. Cediendo á la fuerza irresistible de la obediencia, escribe su vida interior, y este escrito, donde resplandecen á porfía la humildad mas profunda, las virtudes mas grandes, los vencimientos mas heroicos y los triunfos mas sublimes, ha venido á ser como la pauta de la mas elevada perfeccion para todas las almas que quieren santificarse, y mui particularmente para las familias de su Orden. Su tratado sobre el modo de visitar los monasterios es el código de la prudencia y la santidad en el gobierno de las comunidades religiosas: sus *Avisos espirituales* son otros tantos centinelas que pone al frente del espíritu de sus hijas, para que no sucumban á las tentaciones ni caigan en la tibieza: su *Camino de la perfeccion* es en verdad un sendero lleno de luz y de encantos para no detenerse ni un punto en la marcha del espíritu, y sí dilatar indefinidamente la

expansion de la caridad. Sus *Moradas* aparecen como la revelacion de todas las gracias y misteriosos favores que recibe á cada paso el espíritu, cuando sustraído al mundo para siempre, no quiere vivir ni un solo instante sino en los brazos de su Divino Dueño. Sus *Pensamientos sobre el amor de Dios*, que pudiéramos llamar la imagen de su espíritu, la fragancia celestial de su virtud, mantienen tan vivo el fuego de la caridad y le dan tal incremento, que basta penetrarse de ellos para no decaer nunca del mas vivo fervor. Sus *Cartas*, esta correspondencia nunca bien ponderada, que podiamos considerar como el aire de su espíritu recorriendo la tierra, interviniendo al mundo, conteniendo sus avances; esta correspondencia que ella seguia con toda la simplicidad de su alma, pero donde se admira toda la poderosa influencia de su sabiduría y de su virtud sobre su patria y su siglo, manifiestan, hermanos míos, que no satisfecha con procurar á toda costa la reforma de su Orden y la multiplicacion de los monasterios, ejercia sin saberlo, aun mas allá un apostolado místico, cuyas benignas influencias recibian á la par otras órdenes religiosas y muchos personajes elevados del siglo. Está en contacto con los prelados superiores de su Orden desde el General hasta el último, lo mismo que con los monasterios de religiosas, para franquearles su corazon y su pensamiento; con los reyes, á quienes hace gustar, en medio de los negocios del siglo, los encantos de la vida interior; con los obispos, á quienes da preciosos documentos para conservar el vigor del espíritu mediante la oracion, como San Bernardo lo hacia en uno de sus mas bellos tratados dirigiéndose al Papa Eugenio.

Mas Teresa no quedaba todavía satisfecha: sus preciosos Tratados, su edificantísima correspondencia eran ya mucho; pero todavía tenia que desarrollar una accion incansable para llevar á efecto la grande obra. Consulta su espíritu, no solo con los religiosos de su Orden, sino tambien con eclesiásticos de otros institutos: gran medio de crítica que nos hace admirar mas y mas su prudencia y su sabiduría. Busca y encuentra excelentes aliados: asocia desde luego á San Juan de la Cruz, y al mismo tiempo cuenta con Pedro de Alcántara y otros prelados insignes. Mientras con tanta solicitud trabaja en la reforma, no se descuida de adelantar en sus fundaciones. Vedla recorriendo diferentes lugares, estimulando el celo de muchas personas piadosas, atendiendo á la construccion de nuevos conventos é inaugurando otros ya concluidos: vedla caminando siempre al través de obstáculos, por entre muchas espinas, y teniendo que vencer á cada paso mil dificultades.

¡Cuánto no tuvo que padecer en este punto! Para solo referirlo

necesitaria yo sin duda traspasar excesivamente los límites de este discurso. Vedla, si no, católicos, en estos combates. Ved á Teresa, jóven todavía, en abierta lucha con las pasiones y sus agentes, con la inteligencia mundana y sus autoridades, con el poder y sus recursos, y tambien, porque algunas veces Dios lo permite, con la virtud y sus admiradores. En efecto, anunciado apenas su designio, se cruzan por todas partes las contradicciones, se amontonan donde quiera los obstáculos: los obispos, los grandes, las personas mas influyentes del orbe, sus mismos recursos, que son ningunos, sus mismas hermanas de tantos monasterios, y lo que es más, hasta sus directores, desapruueban altamente y se esfuerzan en combatir una idea que á sus ojos lleva los caractéres de la extravagancia, del ridículo, de la inoportunidad y aun del desórden. Pero Teresa no vacila, y fija constantemente en la voluntad del Señor, á quien se ha propuesto obedecer á toda costa, trabaja sin descanso, pasa por todos los sacrificios, se sobrepone á todos los obstáculos, triunfa de todas las contradicciones, uniforma los conceptos, compone las disidencias de los ánimos, se abre camino al través de las pasiones, rectifica el juicio de las virtudes, pone de su parte á las autoridades de la Iglesia, los tesoros del rico y el poder del monarca: su espíritu se difunde por todas partes; su accion se hace sentir á un mismo tiempo en diferentes puntos: nuevos caminos se abren al impulso de sus deseos; y no discurrió mucho tiempo sin que sus primeras fundaciones dieran un testimonio público y universal á su genio, á su virtud y á sus inspiraciones, ni descendió al sepulcro sin haber dirigido, poblado, arreglado, cultivado y enriquecido de margaritas preciosas treinta y dos monasterios insignes en diversas ciudades de su patria, sin haber sido apellidada segunda madre de la inmensa y santa familia á que perteneció, sin haber tirado la línea que recorrieron sin extravío varones eminentísimos en virtud y en santidad, y sin haber adquirido el santo honor de contar entre ellos á un San Juan de la Cruz, antorcha de la Teología mística, columna del Carmelo, apoyo de la Iglesia militante y ornato purísimo de la celestial Jerusalem.

Hé aquí, católicos, la grande obra de Teresa, los monumentos perdurables de su celo, de su incomparable capacidad, de su ardiente solicitud por la gloria de Dios: hé aquí estos talentos del Evangelio prodigiosamente multiplicados: hé aquí una noble imitacion de los primeros obreros de la Iglesia santa, el triunfo mas bello y mas incontestable á que pudieran aspirar la inteligencia y la virtud. ¿Quién hubiera podido imaginar, decidme, que una pobre carmelita desvalida, aislada, combatida, sin recursos de ningun género, teniendo contra sí toda la evidencia de los cálculos humanos, habia

de llevar á efecto una de las empresas mas difíciles que admiramos en la historia de las almas grandes? ¡Ah! el mundo, por cierto, no podia comprenderlo; pero el mundo no era necesario desde que Dios habia manifestado su voluntad.

Admiremos pues aquí todo el poder, toda la infalibilidad, la irresistible fuerza de las promesas del Señor á la oracion, y tambien, católicos, los caractéres elevados é incomparables con que la practicó Teresa de Jesus. Si Jesucristo, cuya palabra no pasará jamas, nos ha ofrecido escuchar propicio nuestros ruegos, otorgarnos lo que llenos de confianza le pidamos, salimos al encuentro cuando le busquemos con amor, y abrimos sus puertas cuando llamemos á ellas con toda solicitud; Teresa nos ha dejado en su preciosa vida el tipo de la oracion mas caracterizada, y en sus obras una prueba monumental del gran poder que por este medio comunica Dios á sus escogidos: porque nunca admirarémos bastantemente, católicos, la fuerza que esta vírgen desarrolló en la empresa de una reforma tan felizmente realizada, y de tantos monasterios como dejó fundados ántes de morir. Mas ni la luz de la ciencia ni la posesion y ejercicio del poder bastan para llevar á su consumacion la grande obra de nuestro último fin, que es la felicidad eterna: los mayores prodigios obrados á la luz de la fe y al abrigo tutelar de la esperanza dejan todavía un campo inmenso que recorrer, para tocar los términos de la perfeccion del espíritu. La vida de Teresa de Jesus tiene todavía que haceros admirar sus mas bellas páginas, donde la veréis aparecer gloriosamente ataviada con la rica pompa de las virtudes, é inflamada en el fuego purísimo del amor divino.